

mientras Venus, asomada a su balcón, admira el centelleo de sus diamantes en el agua.

Todas nuestras divinidades campestres, en las que no cree el pueblo, prodigan aquí sus beneficios y sus riquezas con una liberalidad a que no nos tienen acostumbrados a los que les tributamos culto, si bien, a la verdad, harto poco sincero.

He importado de Roma a Palestina mis dioses lares, agrupándolos alrededor de mi altar, en el que alimento siempre el fuego sacro. Son los únicos que me inspiran todavía un resto de fe. La llama que sube de su hogar es algo que vive, que brilla, que ilumina, y al verla elevarse por encima de mi morada, parece indicarme que hay otro mundo mejor fuera del que habitamos. Vesta, la gran Vesta, ésa es mi divinidad preferida, porque es pura, porque es virgen.

No me hables más de Venus ni de Apolo. Sus estatuas adornan mi casa, pero, ¡por Júpiter! si no fueran objetos de arte, las vendería, no a los judíos, a quienes inspiran horror, sino a los mercaderes griegos.

En las dos orillas del Jordán, que acabo de recorrer, me han hablado mucho de la nueva religión que el profeta de Nazaret predica a los galileos. Más todavía que sus doctrinas, lo que impresiona a las muchedumbres son los prodigios que verifica por donde quiera que pasa. Gran curiosidad tengo de verle, y sobre todo de oírle, para conocer cuáles son las ideas religiosas que trae al mundo.

*Vale.* 10 noviembre 780. - Magdala.